

CAPITULO II.

LAS HEREJÍAS Y LOS PRECURSORES DE LA REFORMA.

§ I.—Las herejías.

N.º 1.—Consideraciones generales.

La Reforma fué en su esencia una reanimacion del sentimiento religioso; en vano lo niegan los católicos; este sentimiento resplandece en las creencias de los reformadores, resplandece en su oposicion contra el catolicismo romano. El dogma de la gracia y de la justificacion por la fe no es en el fondo más que una protesta contra la doctrina de las obras exteriores que constituia toda la religion en la Edad Media. ¿Cómo, preguntaban los protestantes, han de servir las obras para alcanzar la salvacion? Los católicos que confiaban en el ayuno, la limosna, la peregrinacion y las indulgencias, les parecian unos ciegos que iban á incurrir en la condenacion eterna. Comparando la debilidad del hombre y la ineficacia de sus méritos con la inmensidad de la satisfaccion que debe á Dios por la misteriosa falta de que es solidario, poniendo la corrupcion de su naturaleza frente al terrible juicio de Dios, los reformadores desesperaban de alcanzar su salvacion; no hablan en sus símbolos más que de los tormentos de la conciencia, de la ceguera de los pecadores, de la cólera de Dios y de los terrores de su justicia (1). Esta sombría desesperacion no encon-

(1) *Constat in terroribus conscientiae, quod non possunt irae Dei opponi ulla*

traba alivio más que en la fe sin límites en Aquel que, siendo Hijo de Dios, habia tomado forma de esclavo para satisfacer mediante un sacrificio infinito por el pecado infinito del hombre. De aquí el fervor del sentimiento religioso que se ha conservado como rasgo característico de las sectas protestantes.

Esta reaccion contra el catolicismo exterior, este regreso á la religion verdadera, se manifiestan desde la Edad Media en las herejías, aunque bajo formas diferentes. No es esta la opinion de los católicos; deprimen las herejías, lo mismo que deprimen la Reforma. Los escritores contemporáneos acusan á los Cátaros de cometer en sus reuniones nocturnas los mismos crímenes que los paganos habian imputado á los primeros cristianos (1). El odio ó la ceguera han sobrevivido á la Edad Media; aún hoy los celosos, para explicar las persecuciones que manchan á la Iglesia, presentan las herejías como una especie de insurreccion contra la moral y la sociedad (2). Despues de haber quemado á los herejes, la Iglesia los calumnia con objeto de justificarse; pero para justificarse se ve en la precision de falsificar la historia. Sus propios anales la condenan. Pregúntese á los papas, pregúntese á los concilios del siglo XIII, cuáles son las causas que provocaron las herejías, y responderán: «La corrupcion del clero.»

Inocencio III escribió en 1204: «Los herejes logran con tanta más facilidad atraer á las gentes sencillas, cuanto que en la vida de los obispos encuentran los argumentos más peligrosos contra la Iglesia.» En su discurso al concilio general de Letran, el gran Papa repitió la misma censura agravándola: imputó la pérdida de la fe y la decadencia de la religion á la corrupcion del clero (3). La corrupcion del clero era el grito de guerra de todos los herejes. En este punto, los más ortodoxos de los sectarios, los Valdenses, estaban conformes con los que la Iglesia condena con el nombre de Maniqueos. Todos atribuian la causa de la corrupcion

nostra opera... Tota hæc res conficta est ab otiosis hominibus, qui non norant, quomodo in iudicio Dei et terroribus conscientiae fiducia operum nobis eripiat... Pavidas conscientias adigunt ad desperationem...

(1) SCHMIDT, *Historia de la secta de los Cátaros ó Albigenses*, t. II, p. 150-152.

(2) Véanse mis *Estudios sobre el Pontificado y el Imperio*.

(3) INOCENCIO III, *Ep. VII, 75.—Concil. Lateran.*, en MANSI, t. XXII, 972.

á la ambicion temporal de Roma. Participando del error difundido por el Pontificado mismo, maldecian á Silvestre por haber aceptado la pretendida donacion de Constantino: «Desde aquel momento, decian, un poder esencialmente espiritual se ha manchado con pasiones terrestres; la corrupcion ha aumentado hasta el punto de que se ha llegado á creer en la Iglesia de Roma lo contrario de lo que creian sus fundadores; esta Iglesia no es ya más que una casa en que se venden falsedades é imposturas. Roma es la Babilonia, la gran prostituta del Apocalipsis. La Babilonia pagana deslumbraba á los pueblos por su idolatría; la Babilonia cristiana deslumbraba igualmente á los pueblos por su culto material, por el lujo, la simonia y todas las malas pasiones del mundo» (1). Hé aquí las acusaciones que se oyeron en la cristiandad cuatro siglos ántes de Lutero.

La corrupcion del clero indujo á los sectarios á separarse de una Iglesia en la cual no encontraban ninguna garantía de salvacion: «El poder de los apóstoles, decian, esencialmente espiritual, no puede hallarse en manos de una Iglesia completamente secularizada; los sacerdotes no son los discípulos de Jesucristo, son los sucesores de los escribas y de los fariseos; su fe es falsa y muerta, y su vida los hace indignos del ministerio cristiano. Por su corrupcion la Iglesia ha perdido el poder que Jesucristo habia dado á San Pedro; los sacramentos administrados por los sacerdotes son ineficaces; siendo ellos culpables, ¿cómo han de absolvernos de nuestros pecados?» (2). De aquí la oposicion de los herejes contra el catolicismo y su regreso al cristianismo primitivo. En este punto la analogía entre las sectas de la Edad Media y la reforma es evidente. El lenguaje de los Valdenses es casi el de los protestantes: dicen, como ellos, que la Iglesia, lejos de favorecer la perfeccion cristiana, compromete la salvacion de los fieles por la deplorable facilidad de las penitencias y de la absolucion (3).

(1) SCHMIDT, *Historia de los Cataros*, t. II, p. 105-107.—GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 88, nota bb.—NEANDER, *Geschichte der christlichen Kirche*, t. V, 2, p. 842 y sig.

(2) EVERVINI *Epist. ad S. Bernardum* (D'ACHERY, *Spicileg.*, t. IV, p. 474).—SCHMIDT, *Historia de los Cataros*, t. II, 140 y sig.

(3) *La noble leccion*, poema valdense publicado por RAYNOUARD, *Poesias de los trovadores*, t. II, p. 73-102.

Esta reaccion contra la Iglesia llevó á los herejes á un espiritualismo excesivo. La corrupcion del clero, contra la cual clamaban sin cesar, no era otra cosa que los sentimientos y los vicios del mundo; era preciso, pues, condenar el mundo. En su consecuencia, los Cataros enseñaban que el único camino para llegar á la perfeccion era romper todo lazo con la sociedad, renunciar á sus amigos y á su familia, abandonar á su padre y á su madre para no vivir más que en Jesucristo. Anticipándose á las órdenes mendicantes, los Cataros prohibian á los *perfectos* toda posesion de bienes terrestres; llamaban á estos bienes un moho del alma. De aquí la ley de una pobreza absoluta, que justificaban con el ejemplo de Jesucristo y de los apóstoles; se daban con gusto el nombre de *los pobres de Cristo* (1). Los Valdenses tambien se llamaban *los pobres de Lion*; abandonaban mujer é hijos, patrimonio y domicilio para asemejarse á Aquel que no sabia dónde reclinar su cabeza: desnudos, seguian á Cristo desnudo (2).

Las ideas de los herejes eran en el fondo las de los primeros cristianos; así es que su pretension era imitar la vida de los discípulos de Cristo. Waldo empezó su carrera lo mismo que San Francisco. Habiendo oido leer los preceptos del Evangelio sobre el desinterés, quiso seguir literalmente los consejos de Jesucristo: vendió sus bienes, arrojó el dinero al fango para manifestar su desprecio hácia el mundo, y en seguida se marchó predicando la palabra de Dios (3). La vida de los herejes no era indigna de su gran ambicion. Prescindimos de los Valdenses, en los cuales los protestantes ven los precursores de la Reforma; hablamos de los más escarnecidos entre los sectarios, los desgraciados Cataros ó Albigenses. Los mismos que los perseguian como enemigos de Dios, hacian justicia á la pureza de sus costumbres, y proponian su piedad como ejemplo á los fieles de la Iglesia: «Los Cataros no hacian nada sin orar y sin implorar la bendicion de Dios; la

(1) SCHMIDT, *Historia de los Cataros*, t. II, p. 82.

(2) YVONETUS, en MARTENE, *Thesaurus*, t. V, p. 1781.—GUALTER. MAPES. (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 86, nota e.)

(3) PILICHDORF, *contra Waldenses*, c. 1. (*Biblioth. Maxima Patrum*, t. XXV, p. 278).—STEPHANUS DE BOBBONE, *De septem donis Spiritus Sancti*, tit. 7, c. 31. (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 86, nota d.)

palidez de su rostro demostraba el ascetismo de su régimen.» Su vida severa y pura les atraía prosélitos; los que comparaban los sacerdotes católicos con los ministros maniqueos tenían que preferir la herejía á la religion ortodoxa. Obligados á reconocer las virtudes de los herejes, los defensores de la Iglesia trasforman las virtudes en vicios, segun su laudable costumbre; la palidez, signo de santidad en los monjes, es un signo de perdicion en los sectarios. Pero ¿reciben los hipócritas la muerte con alegría, con entusiasmo? Un rasgo nos hará ver de qué parte está la hipocresía. Hacia el año 1170, un clérigo de Reims, habiendo encontrado á una jóven que paseaba sola, quiso seducirla; ella lo rechazó, diciendo que si llegase á perder su virginidad quedaria condenada para toda la eternidad. El ortodoxo seductor conoció por esta respuesta que la jóven pertenecía á la secta impura de los maniqueos; en su santo celo denunció á aquella que se habia resistido á su libertinaje; la jóven fué quemada; marchó á la hoguera sin proferir una queja, sin derramar una lágrima (1).

Tales fueron las ideas y la vida de los herejes de la Edad Media. Se comprende que los católicos los persigan con sus apasionadas acusaciones; pero lo que se comprende ménos es que los rechacen los protestantes; apenas admiten á los Valdenses, y aún discuten sobre si merecen el título glorioso de precursores de la Reforma. ¿Por qué los innovadores del siglo XVI reprueban á los del XII? Hay que distinguir varios órdenes de ideas en las herejías de la Edad Media. El móvil que las inspira fué tambien la gran palanca de la Reforma, digan lo que que quieran los protestantes: es la reaccion contra una Iglesia corrompida á fuerza de exteriorizarse, es el regreso á la religion interior de los primeros discípulos de Cristo. El renacimiento del sentimiento religioso tuvo lugar en los herejes, lo mismo que en los protestantes, por la exageracion de una idea cristiana; en el siglo XVI fué por la fe y la gracia, en el XII por el desprecio y abandono del mundo. Pero habia tambien en las herejías elementos hostiles á la Reforma, y que explican la especie de repulsion que inspiran á los protestantes.

(1) SCHMIDT, *Historia de los Cataros*, t. II, 154; t. I, 193, 89; t. II, 164; t. I, 90.

La mayor parte de las sectas iban más allá que el cristianismo; por esta consideracion debian inspirar horror lo mismo á los protestantes que á los católicos; y hay que confesarlo, el dualismo de los Cataros y el panteismo del Libre Espíritu merecen esta reprobacion. Habia sectas que no participaban de estos extravíos; pero la doctrina de los Valdenses no respondia mejor que la de los Maniqueos á las necesidades de una reforma legítima. No era la exageracion del espiritualismo cristiano lo que debia llevar á cabo la Reforma; porque este espiritualismo por sí era ya un exceso. Los herejes, más aún que los protestantes, eran cristianos primitivos; pero las revoluciones no se realizan mediante un regreso á lo pasado, son esencialmente un movimiento hácia lo porvenir. Sin embargo, para dar resultado, las revoluciones deben tambien tener en cuenta los intereses y las necesidades que unen lo pasado con lo presente. Las herejías no satisfacian ni á la exigencia de estabilidad ni á la de progreso; querian reconstituir el cristianismo primitivo, é iban más allá que el protestantismo y aún que el Evangelio. Esto quiere decir que el movimiento herético era á la vez insuficiente y desordenado. Las herejías son la primera explosion de todos los sentimientos, de todas las ideas hostiles á la Iglesia, al catolicismo y aún al cristianismo. La filosofía puede aceptar, mejor que la Reforma, á los herejes como sus precursores, al ménos en el sentido de que sus creencias, aun cuando contengan errores, son una manifestacion de la libertad de pensar.

N.º 2.—*Las herejías y la Reforma.*

I.—*Regreso al cristianismo primitivo.—La Escritura.*

Hay un signo exterior que distingue á los reformados de los católicos; estos son cristianos como miembros de la Iglesia romana; aquéllos, como rechazaban la Iglesia romana y su tradicion, se vieron precisados, para seguir siendo cristianos, á adherirse con mayor fuerza á las Sagradas Escrituras. Esta adhesion se ha conservado como un signo característico de las sectas protestantes; las más avanzadas, aún aquellas que casi no tienen de cris-

tiano más que el nombre, los Unitarios, que rechazan la divinidad de Jesucristo, aceptan la divinidad del Evangelio. Puede decirse con un historiador protestante, que todas las sectas que reconocen los libros sagrados como autoridad suprema son los precursores de la Reforma (1). La importancia de este principio del protestantismo es inmensa: con el Evangelio en la mano, los protestantes rechazan todo lo que en él no está contenido, como una invención humana. Esto es rechazar la Iglesia, su dominación y sus dogmas.

La Iglesia tenía el presentimiento del peligro que contenía la Escritura para su poder. Ve con inquietud la traducción de los libros santos á una lengua vulgar. Inocencio III llega á saber que en la diócesis de Metz un gran número de laicos, deseosos de entender la palabra divina, habían hecho traducir al francés los Evangelios, las Epístolas de San Pablo, el Psalterio, los libros morales de Job y algunas otras partes del Antiguo Testamento. El Papa no se atreve á reprobar el celo de los laicos; pero sin dejar de elogiarlo, ve en él más peligros que ventajas. «Los misterios de la religión, dice, no deben exponerse á los ojos de todos, sino solamente á los de aquellos que pueden comprenderlos, sin que su fe se altere. Las gentes sencillas, como los niños, necesitan por todo alimento la leche: los alimentos más fuertes deben reservarse para aquellos que están en estado de aprovecharlos» (2). Inocencio III no tomó ninguna resolución, pero los peligros que le preocupaban indujeron á los concilios á formular la prohibición que existía en el fondo del pensamiento del gran Papa: prohibieron á los laicos el uso de los libros santos (3). De manera que la palabra de Dios era un privilegio á que solamente podían aspirar los clérigos.

Si la Iglesia hubiera conseguido impedir á los laicos la lectura de los libros santos, toda reforma hubiera sido imposible. ¿Quién podía ilustrar á los cristianos acerca de la Religión de Cristo y

(1) GIESELER, en los *Goettingische Gelehrte Anzeigen*, 1854, 1, p. 579.

(2) INOCENCIO III, *Epist.* II, 141, 142, 235.

(3) *Concilio de Tolosa*, de 1228, c. 14 (MANSI, t. XXIII, p. 197). El *Concilio de Oxford*, de 1408, c. 7, prohibió traducir al inglés los libros sagrados (MANSI, t. XXVI, p. 1038).

acerca de la religión de Roma? Solamente la Escritura. Faltando esta luz, todo eran tinieblas. La Iglesia reproducía el régimen de las castas en lo que tiene de más degradante para la humanidad; reservada la ciencia á los elegidos del Señor, la masa de los laicos no era ya más que un rebaño conducido y dominado por el clero. Pero no es dado á ningún poder encadenar el espíritu humano; aun cuando la autoridad de la Iglesia en la Edad Media fue inmensa, unos oscuros sectarios la vencieron. En vano quería la Iglesia mantener una injuriosa separación entre clérigos y laicos; los herejes del siglo XII encontraron en la Escritura la profecía de que había de llegar un día en que todo hombre sería sacerdote, y tuvieron la ambición de realizarla. Los Apóstoles eran laicos, decían los Valdenses; ¿por qué todo buen laico no había de ser sacerdote, como los primeros discípulos de Cristo? Negaban que el sacramento del orden diese el poder de consagrar ó bendecir, de atar ó desatar: los Valdenses eran todos admitidos á la predicación, sin distinción de sexo, de condición, ni de edad (1). Al rechazar la división de clérigos y laicos, las sectas reivindicaban los privilegios de los clérigos como un derecho común; estos privilegios eran, en efecto, la usurpación de un derecho que el Creador ha grabado en el corazón de todo hombre, el derecho á la ciencia y á la luz; el derecho fué más fuerte que el Pontificado.

Es un espectáculo sublime el de los pobres sectarios luchando contra la omnipotencia de la Iglesia sin más apoyo que un libro. Si se atrevieron á atacar á la Iglesia, es porque estaban convencidos de que se apoyaban en una autoridad más alta que la de los papas, la palabra de Dios. No nos admiremos, pues, del culto que los herejes profesaban á los libros santos; los leían con tanta asiduidad que los sabían de memoria (2). La ciencia de la Escritura, por imperfecta que fuese en la Edad Media, hacía á los sectarios invencibles en su lucha contra la Iglesia dominante. Apoyados en la palabra divina, rechazaban como fabulosas todas las instituciones y todas las prácticas que no estaban consagradas

(1) RAINERII *Summa (Bibl. Maxima Patrum, t. XXV, p. 265).* —ALANUS DE INSULIS, *contra hæreticos*, c. 8 (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 86, nota 1). —BERNARDI, *abbatis, contra hæreticos*. (GIESELER, *ib.*, nota 1.)

(2) RAINERII *Summa (Bibl. Max. Patrum, t. XXV, p. 273, 265).*

por la autoridad de Dios (1); rechazaban atrevidamente la Tradición cuando los escritos de los Padres ó las decretales de los papas estaban en oposición con el texto sagrado (2). Esto era atacar á todo el catolicismo.

II.—El Culto.

Los Valdenses y los Cataros condenan como supersticiones todas las prácticas de la Iglesia que no provenían de Jesucristo ó de sus Apóstoles (3). Su condenación alcanzaba, no solamente á obras tan recomendadas por la Iglesia como las mortificaciones y las peregrinaciones, sino á la religión misma tal como la entendía la masa de los fieles. En la práctica el culto de Dios estaba reemplazado por el de los santos; los Valdenses y los Cataros lo condenaron; burlábanse de los milagros, y las reliquias solamente les inspiraban desprecio (4). Los herejes arruinaron en sus fundamentos el culto de los santos, enseñando que su intercesión era inútil, pues que cada cual había de ser juzgado según sus actos, sin que pudiese aprovecharle el mérito de un tercero (5). Si los libros religiosos de los Valdenses correspondiesen al siglo XII, como ellos pretenden, sería preciso decir que desde la Edad Media el sentimiento cristiano y la razón se han elevado á la altura de la filosofía moderna. El historiador de los Valdenses nos dice que sus antepasados rechazaban el culto de los santos porque falseaba la idea de Dios, representando á las criaturas como animadas de una caridad mayor que Aquél que es todo caridad; añadían que si había hombres distinguidos por la santidad de su vida, se los debía hon-

(1) RAINERII *Summa*: *Valdenses, quidquid prædicatur, quod per textum Bibliæ non probatur, pro fabulis habent.* (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 88, nota bb.)

(2) RAINERII *Summa* (*Bibl. Max. Patrum*, t. XXV, p. 265).

(3) EVERVINI *Epist. ad S. Bernardum*, § 5 (en las *Obras de SAN BERNARDO*, p. 1490).—RAINERII *Summa* (*Bibl. Max. Patrum*, t. XXV, p. 265).

(4) RAINERIUS, *ib.*: «*Canonisationes, translationes et vigiliis sanctorum contemnunt. Item miracula sanctorum subsannant, item reliquias sanctorum contemnunt.*»

(5) ALANUS, *contra Waldenses y Albigenses*, c. 72, p. 254.

rar imitándolos, pero no tributándoles una adoración que no se debe más que al Creador (1).

Sea lo que fuere de la autenticidad de las tradiciones valdenses, lo cierto es que las supersticiones del catolicismo fueron rechazadas por los herejes en la época misma en que se hallaban en toda su fuerza. El comercio de las indulgencias no tenía aún la extensión que alcanzó algunos siglos más tarde, pero ya se dejaba sentir el abuso; los sectarios lo combatieron en su principio por medio de su doctrina sobre la confesión y la penitencia. «No es el sacerdote, decían, quien perdona los pecados, sino Dios. La contrición del corazón borra las faltas por la gracia divina; por consiguiente la intervención del sacerdote es inútil» (2). Rechazando la confesión, con mayor razón habían de rechazar la indulgencia; para hacer patente su absurdo, suponían que un fiel fuese condenado á una penitencia de tres años: «Tres obispos, con motivo de la consagración de una iglesia, conceden una indulgencia de un año cada uno; el penitente gana las tres indulgencias, y queda absuelto mediante tres dineros» (3). El clero dominaba á los vivos por el temor de las penas que les esperaban en la vida futura; los dominaba por las angustias que les inspiraba el pensamiento de que las personas queridas, tales como un esposo, un hijo, iban á sufrir los tormentos del infierno. La Iglesia pretendía tener medios de salvar á los vivos y á los muertos. Muchos siglos antes de la Reforma los herejes echaron de ver lo infundado de esta usurpación; rechazaron las oraciones, las misas, y en general todas las buenas obras que se hacen por los difuntos (4). Pedro de Bruis decía con gran razón: «Las ofrendas no pueden ser útiles á los muertos, pero lo son á los sacerdotes, que hacen de ellas un instrumento de poder y una fuente de riqueza» (5).

Los que abandonan la tradición católica se encuentran en una

(1) PERRIN, *Historia de los cristianos Albigenses*, p. 312 y sig.

(2) ALANUS, *contra Waldenses y Albigenses*, I, 50, 52; II, 10 (p. 241, 265).—La *Noble Lección* dice: «Solamente Dios perdona, puesto que nadie más que él puede hacerlo.»

(3) ALANUS, *contra Waldenses y Albigenses*, II, 11, p. 265.

(4) BERNARDUS, *contra Waldenses*, c. 9 (*Bibl. Max. Patrum*, t. XXIV).

(5) PETRI VENERABILIS *Epistola adversus Petrobusianos hæreticos* (*Bibl. Max. Patrum*, t. XXII, p. 1033).

pendiente fatal, en la cual les es imposible detenerse: en cuanto se da un paso fuera de la Iglesia, la fuerza de las cosas lleva á rechazar sucesivamente todas las creencias cristianas. Los herejes hicieron en la Edad Media esta experiencia, que los protestantes renovaron en los tiempos modernos. El principio de que no hay nada legítimo más que lo que está consagrado en la Escritura, los llevó á rechazar la mayor parte de los Sacramentos, la Confirmación, la Extremaunción, el Orden y el Matrimonio (1). Veremos que fueron más allá que la Reforma y aún que el cristianismo, rechazando la Eucaristía y el Bautismo. No les quedó ya nada del catolicismo. Un filósofo que se respete no podría asistir al culto romano; no podría sin hipocresía tomar parte en el culto de los reformados; pero un filósofo hubiera podido en el siglo XII formar parte de las reuniones de los Cataros. «Para adorar á Dios, decían, no se necesita reunirse en una casa hecha con piedras, Dios está presente en todas partes, está presente allí donde se reúnen dos ó tres hombres en su nombre.» Sus templos no tenían adorno alguno; no se veían en ellos estatuas ni pinturas; condenaban las imágenes como ídolos inventados por el demonio. Empezaba el servicio religioso por la lectura de un pasaje del Evangelio, interpretado por el ministro; despues venía la bendición. Los creyentes juntaban sus manos, doblaban las rodillas y se inclinaban tres veces, diciendo: «Benedicidnos.» La tercera vez añadían: «Rogad á Dios por nosotros pecadores, á fin de que nos haga buenos cristianos y nos lleve á buen fin.» Despues de haber recibido la bendición, la asamblea recitaba la oración dominical; era la única oración que creían permitida á los discípulos de Cristo (2). Los Valdenses tenían un culto igualmente sencillo; la filosofía no tiene noción más pura de la oración que los *pobres de Lion*: ordenar su vida conforme á la voluntad de Dios, pensar bien y obrar bien, á esto llamaban hacer oración (3).

(1) ALANUS, *contra Waldenses et Albigenses*, I, 66 y sig., p. 251. — RAINERII *Summa (Bibl. Max. Patrum, t. XXV, p. 265).*

(2) SCHMIDT, *Historia y doctrina de la secta de los Cataros*, t. II, p. 111, 112, 115, 116.

(3) LEGER, *Historia de las iglesias waldenses*, t. I, p. 41.

§. II. — Los Precursores de la Reforma.

N.º 1. — *Los Precursores y los Herejes.*

En los dos siglos que preceden á la Reforma aparecen los hombres á quienes los protestantes reconocen como precursores de la revolución religiosa del siglo XVI. Se engañaría el que creyese que media un abismo entre los *precursores* y los herejes, por el hecho de que los protestantes adoptan á unos y rechazan á otros; los mismos sentimientos que inspiraban á los atrevidos sectarios del siglo XII, animan también á los *precursores* del XV; si hay más precisión en su doctrina, más firmeza en sus creencias, es porque tienen la ventaja de ser los últimos. Los gérmenes de la Reforma habían tenido tiempo de arraigarse y crecer; los *precursores* fueron los órganos de este progreso. Verdad es que su nombre ha hecho olvidar el de los oscuros herejes de la Edad Media; pero no debe perderse de vista que deben su grandeza á la iniciativa de los Cataros y de los Valdenses; herederos del pasado, se han enriquecido con los trabajos de sus antecesores. Ahora bien, ¿no corresponde la verdadera grandeza más bien á los que abren el camino que á los que lo ensanchan?

Las herejías representan en cierto modo el lado negativo de la Reforma, el odio contra la Iglesia, odio que implicaba el regreso á los primeros tiempos del cristianismo, esa edad de oro que las sectas querían volver á realizar sobre la tierra. *Wiclef* tiene el mismo punto de partida: truena contra las riquezas y la corrupción del clero; quiere que la Iglesia vuelva á su sencillez y á su pureza primitivas (1). El primer reformador de los Bohemios es todavía más explícito. *Mateo de Janow* ve claramente que la Iglesia no puede volver al estado evangélico sino por medio de una revolución (2). ¿Cuál será el instrumento de esta revolución? La

(1) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. VI, p. 259-262.

(2) MATTHLE *liber de sacerdotum abhorrenda abominacione*, c. 37: «*Dei Ecclesia nequit ad pristinam suam dignitatem reduci vel reformari, nisi prius omnia fiant nova.*» (*Historia et Monumenta*, J. HUS., t. I.)